

H MADRID HISTÓRICO

Número 99 / 6,50 euros

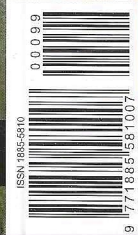
MAYO/JUNIO 2022

**DOS ESCENÓGRAFOS FASTUOSOS PARA EL BUEN RETIRO
EL EMPERADOR CARLOS V EN MADRID**

**INTELLECTUAL Y MUJER EN EL MADRID DEL SIGLO XX
PASEOS POR EL MADRID MUSICAL, 7:
DE ATOCHA A LEGAZPI**

DOSIER:

Anecdotario del Paisaje de la Luz: paseo del Prado



ISSN 1885-8810

0.0099

9 771885 581007

PEDRO PÁEZ XARAMILLO

«Confieso que me alegré de ver lo que tanto desearon ver antiguamente el rey Ciro y su hijo Cambises, el gran Alejandro y el famoso Julio César». Así reza el diario de Pedro Páez Xaramillo, un madrileño nacido en la localidad de Olmeda de las Fuentes en 1564 y fallecido cincuenta y ocho años después en Etiopía.

Allí, en este país africano, fue el primer europeo en ver las fuentes del Nilo Azul. Aunque no le dio ninguna importancia al hecho, su diario, del que acabamos de mostraros las líneas en las que lo menciona, recoge cuál fue entonces su sentimiento. Esta es su historia.

Un día de abril de 1618 un hombre de cincuenta y cuatro años llegaba a las Fuentes del Nilo Azul, en Etiopía. Ya maduro, seguía mostrando la presencia llamativa que había conquistado a sus contemporáneos. Su rostro bar-



Pedro Páez con vestimenta etiope.

bado, su figura atlética, sus vivos ojos azules y su sonrisa permanente completaban su imagen. Sin embargo, sus dotes más destacables eran inmateriales, como hombre de espíritu que era. Así, su rica cultura, su vasta experiencia, sus habilidades sociales, su tacto diplomático, la perfección con la que hablaba el árabe y, sobre todo, su simpatía fueron capaces de cautivar los corazones de cuantos le trataban. Entre ellos figuran nada menos que dos emperadores etíopes, a quienes logró convertir al cristianismo.

Pedro Páez Xaramillo, que así se llama nuestro protagonista, fue uno de esos jóvenes aventureros que componían el cuerpo de los Soldados de Dios. Armado de una enorme curiosidad y de una férrea determinación para cumplir las tareas que como jesuita se había impuesto, llegó a alcanzar cotas que ningún otro europeo logró hasta entonces.

Pero hablemos un poco más de la vida de Páez, de quien ya sabemos que nació en la localidad que hoy llamamos Olmeda de las Fuentes y que en su tiempo se denominó Olmeda de Cebolla. Tras realizar estudios en el Colegio de las Artes de Coímbra, quedó impregnado de la audacia y creatividad por las que este centro de enseñanza apostaba. Su pensamiento progresista y sus buenos métodos académicos, que incluían el diálogo entre profesores y alumnos en materia de astronomía, matemáticas, medicina, leyes y retórica, calaron en nuestro madrileño. No olvidemos que vive en un momento en el cual el dogmatismo y el autoritarismo están presentes en los sectores más reaccionarios de la Iglesia y del poder civil. Pero esto no va con su forma de entender la vida.

Después de pasar seis años en Belmonte como seminarista, Páez siente necesidad de calmar su sed de aventura. Así, quizá con el fin de seguir los pasos de san Francisco Javier en Oriente, solicita a sus superiores en Roma marchar como misionero a esta región. Manda una carta a Claudio Acquaviva, general de la Compañía de Jesús

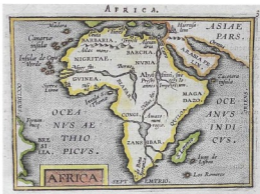
en Roma, en la que dice: «He preguntado y he sido respondido por Nuestro Señor que su reverencia me enviaría a China o Japón. Menciono estos países por mi inclinación hacia ellos, pero iría a cualquier lugar al que su reverencia quisiera enviarnos». Corría el año 1587 y nuestro protagonista cuenta veintitrés años.

Debemos tener en cuenta el contexto en que nos encontramos. Sólo entre 1586 y 1590, el papa Pio VI recibió más de doscientas solicitudes de jóvenes interesados en las misiones de ultramar. Era tiempo de conquistas realizadas en nombre de la cruz por las que nuestro rey, que por entonces era Felipe II, apostaba de lleno. Y es que la economía de nuestro vasto imperio se apoyaba en una estructura hacendística que entonces se hallaba en pleno auge. Ante tal situación, una tarea evangelizadora con el objetivo convertir al cristianismo almas ignorantes y primitivas era, en realidad, un excelente apoyo ideológico para el poder de los emperadores, a quienes ayudaba a sostener y expandir sus territorios. Como compensación, Felipe II entregó a la Iglesia grandes territorios en América, así como el monopolio de la enseñanza.

Quizá los mejores aliados con quienes los reyes podían contar eran los jesuitas. Audaces, cultos, sagaces, curiosos y bendecidos por Roma, nunca se rendían. De hecho, su lema en latín era *Nunc dimittis*.

Así que la solicitud del joven Pedro es aceptada y se le propone que viaje a Goa, en la India, donde llega en noviembre de 1588, siete meses después de comenzar el periplo en Lisboa. Imaginamos la impresión que Goa causó en el corazón aventurero de Páez. Bulliciosa, cosmopolita y llena de jóvenes con sus mismas inquietudes y con quienes sin duda se identificaría, la ciudad era conocida como la Roma de Oriente.

Sin embargo, una vez allí y seguramente después de que sus superiores hubieran percibido sus excepcionales dotes, se le ofrece ir a la misión de Fremona, en Etiopía.



En aquella tierra dura y complicada algunos jesuitas vivían en penosas condiciones. Estaba claro que Páez sería más que bienvenido.

Nuestro joven acepta, por supuesto. Nos encontramos en enero de 1589 y tiene veinticinco años. Su respuesta no puede ser más clara: «La razón fundamental para ir a la India fue aprovechar estas ocasiones, con las que pudiese servir a Nuestro Señor y padecer lo que fuera por amor. Así, cuanto más trabajos y difícil sea, con mayor contento y alegría la acepto». Es decir, cuanto más difícil fuera la misión que le encomendaban, más motivación hallaba en ella. Su amor por la aventura y la sabiduría lo empujaban.

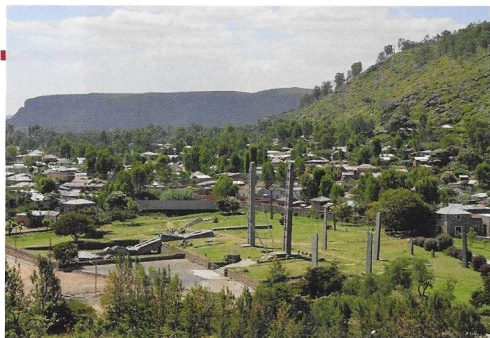
Todo se puso en marcha para el viaje y en un plazo récord de una semana es ordenado sacerdote, requisito necesario para el cargo que iba a ocupar en tierras etíopes. Acompañado por el experto Padre Antonio de Montserrat, se ponen en marcha disfrazados de armenios, para no levantar sospechas acerca de su verdadera fe ni de la tarea evangelizadora que tenían por delante. Aunque debían haber viajado desde Goa a Diu y desde allí a Massawa, en Etiopía, tuvieron la mala fortuna de verse obligados a desviarse a Muscat. Allí fueron descubiertos y denun-



Lalibela.



Gondar.



Axum, donde Pedro Páez pudo acceder a los libros sagrados.



Palacio que Pedro Páez construyó en Górgora.

ciados, lo que les llevó a pasar siete años presos en la península arábiga. Las condiciones fueron tan duras que incluso llegaron a atravesar el desierto a pie, amarrados a un camello. Sin embargo, Páez aprovechó aquella experiencia para aprender árabe, lengua que llegó a dominar y en la que se expresaría incluso sin acento. También esta penosa experiencia les sirvió para ser los primeros europeos en probar el café.

Una vez rescatados, trasladados de nuevo a Goa y después de que el padre Montserrat falleciese, Páez sigue adelante con su empeño de llegar a Fremona. Nos encontramos en 1603 y esta vez sí que todo salió sobre ruedas. Embarcado en Goa, viajó hasta el puerto indio de Diu,



Nilo Azul.

desde donde un barco lo llevó a Massawa, en Etiopía, tras atravesar el estrecho de Aden. Llegó por tierra a la misión que lo esperaba desde hacía catorce años.

Páez quedó fascinado por su nueva tierra. Tal fue el éxito que allí tuvo que llegó a convertir al cristianismo a dos emperadores etíopes. En su calidad de jesuita nunca olvidó su obligación de realizar tareas de gran fuerza intelectual, ya que la orden a la que pertenecía tenía claro que el saber es una forma de poder. Por ello, los archivos de la Compañía de Jesús en Roma constituyen un legado de conocimientos de alto valor científico. En esa línea, a lo largo de su estancia en su nueva tierra africana, nuestro hombre escribe una obra compuesta por cuatro volúmenes y titulada *Historia de Etiopía*. Se trata del primer libro científico que trata esta materia. Tardaría cuatro siglos en publicarse y lo haría en Oporto, en 1945.

Afable, querido y respetado por los etíopes, un día sus vecinos quisieron enseñarle dónde nacía el Nilo Azul. Ya sabéis la impresión que aquello le causó. Pese a que el escocés James Bruce se atribuyó en 1760 ser el descubridor de las Fuentes del Nilo Azul, hoy sabemos que Páez fue el primer europeo en contemplarlas 152 años antes. En 1862, 244 años más tarde, un inglés llamado John Hanning llegó a las Fuentes del Nilo Blanco, en Uganda.

Sirvan estas líneas para que no nos olvidemos de que fue un madrileño llamado Pedro Páez el primer europeo que, armado tan sólo por su amor por la aventura y su ansia de sabiduría, contempló las Fuentes del Nilo Azul. ■

¿QUIERES ACOMPAÑARNOS EN NUESTROS RECORRIDOS POR MADRID?

Como investigadores de la historia de nuestra ciudad, como escritores y como madrileños, nos planteamos enseñártela con calma, con cariño y con cuidado.

Tenemos actividades como «El Madrid de los fantasmas y de las casas encantadas», «Hotel Ritz entre bambalinas», «Crímenes, amores y recetas de cocina», «Madrid del ¡No pasarán!», visitas al Casino y a las reales academias, entre otras.

Más información en www.exploraldedesconocido.com